

poder los mas interesados en destruirle; todo nos dice que Jesucristo es Dios.

No son ménos visibles los caracteres de esta divinidad en la doctrina de Jesucristo. Sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral y eterna en sus promesas, anuncia bien claramente que no puede ser parto de la razón humana, y que no sería conocida de los hombres si Dios no se hubiese dignado difundirla en la tierra por medio de su palabra divina.

La tercera prueba que dedujimos del Nuevo Testamento, es la resurreccion de Jesucristo, en cuyo apoyo hemos alegado, en primer lugar, el testimonio de los enemigos de Jesucristo, y en segundo lugar, el de sus apóstoles y discípulos.

Despues de haber manifestado que las mismas precauciones tomadas por aquellos contra el hecho milagroso de que se trata, vinieron á servir, contra toda su prevision, para confirmar y robustecer mas y mas la certidumbre de su existencia, pasamos á examinar detenidamente los caracteres con que se presenta el segundo testimonio.

Los datos con que proceden los numerosos testigos que presenciaron la resurreccion, los términos en que dan su testimonio y las circunstancias en que se hallaban, convencen irresistiblemente, segun las reglas de la crítica mas severa, que Jesucristo resucitó: porque de todas las observaciones antedichas resulta, que sus apóstoles y discípulos no pudieron engañarse, no quisieron engañar, ni hubieran podido conseguirlo aun en caso de pretenderlo.

El establecimiento del cristianismo, su rápida propagacion y su maravillosa perpetuidad, constituyen el fondo de las pruebas mas capitales que acerca de la divinidad de Jesucristo nos suministra la historia de la Iglesia. A este propósito echamos una rápida ojeada por la historia de los acontecimientos, y comparando lo sucedido con el carácter y extension de la empresa, el tiempo en que se acomete, los autores que la ejecutan, la conducta que observan y los obstáculos de que triunfan, hicimos ver que nada es tan evidente como la divinidad del cristianismo y de su Autor, el origen celestial de la mision de los apóstoles, y por consiguiente de la Iglesia. Una última prueba de todas estas verdades es el plan sublime de la religion; pero tal es el objeto de la seccion tercera en que vamos á entrar.

SECCION TERCERA.

CONSIDERACIONES FILOSOFICAS SOBRE EL PLAN GENERAL DE LA RELIGION.

El objeto del cristianismo fué sin duda traer al mundo la felicidad, que era imposible existiera sin él. "La carne habia corrompido sus caminos," segun la expresion de la Escritura: pensamiento fecundo, que en tres palabras encierra cuanto podian discurrir los filósofos, é infinitamente mas de lo que podian alcanzar sobre la situacion del género humano y todos sus males progresivos, desde el pecado de Adan hasta el tiempo de la redencion. Este solo pensamiento nos presenta tres ideas que consideramos como la clave de toda esta materia: primera, el hombre giraba por una esfera mui diferente de aquella que habia de conducirle á la verdadera y sólida felicidad: segunda, no contaba de por sí ni con la luz ni con la fuerza necesarias para entrar en este único sendero: tercera, solo un poder sobrenatural era capaz de obrar en el mundo esta universal regeneracion. He aquí el poder del cristianismo: produce exclusivamente por sí en toda la tierra un cambio que no podia verificarse por ningun principio humano; y en la ejecucion de esta obra estupenda fué contrariando ordenada y sucesivamente las causas todas que habian sumergido al mundo en la oscuridad de la ignorancia, en la confusion de los errores, en el abismo de los crímenes; y que, sujetándole exclusivamente al dominio tiránico de los sentidos y de la carne, le habia quitado á un mismo tiempo su luz, su apoyo y sus esperanzas.

El cristianismo viene, como decíamos, á contrariarlo todo; y es claro que, contrariando las causas, debian ser opuestos los efectos. La primera causa, y que puede llamarse general, era el carácter peculiarísimo de la sociedad universal. Todo el sistema de los deberes en ella, se resentia naturalmente de los principios de las legislaciones, de las máximas de la conducta; y como así en unos como en otros obraban casi privativamente los objetos materiales y sensibles, los intereses del tiempo, las afecciones seductoras del mundo y las terribles tendencias de la carne y de la sangre, era del todo preciso dar un carácter opuesto al nuevo reino que venia á establecerse en la tierra: carácter que marcó Jesucristo con una precision divina, diciendo á Poncio Pilatos: *Mi reino no es de este mundo*. Verdad es que ha de establecerse en el mundo, que ha de ser visible, que ha de someter á

los hombres aun durante su vida; pero nada de lo que veo yo en el mundo de hoy tendrá parte ninguna en los principios constitutivos de mi gobierno: en el gobierno de este mundo todo parte de la carne y de la sangre, todo termina en los sentidos y en las pasiones; en mi reino todo parte de Dios, todo se dirige al espíritu y todo conduce á la inmortalidad. En el reino de este mundo el tiempo es quien mide los designios y las aspiraciones universales, y la muerte quien circunscribe los gozes y la felicidad; mas el imperio del tiempo no toca á los umbrales de mi reino, y la muerte perdió su aguijon para las almas fieles que vivan en mi nombre. En el reino del tiempo, los bienes de la vida lo hacen todo; en mi reino, estos bienes no importan nada, porque el objeto de los deseos se pierde en el seno de la eternidad. Está dicho todo: al reinado de la carne y de la sangre sucede el reinado del espíritu y de los cielos; y de este modo queda contrariado, en su causa mas general, el principio de todos los errores y de todos los infortunios de la especie humana.

Hemos dicho que el hombre se encontraba, no solo fuera de los caminos, sino al mismo tiempo en la mas perfecta imposibilidad de volverse á colocar en ellos. ¿Por qué así? Por dos causas principales: primera, porque siendo semejante extravió una consecuencia neta del pecado, debia permanecer mientras este durase, pues que el efecto no cesa sino con la extincion de la causa que le produce; y por lo mismo, no teniendo el hombre por sí recurso ninguno en lo humano para borrar sus crímenes á los ojos de Dios, estaba esencialmente condenado á permanecer por todos los siglos errante y extraviado de los caminos que conducen á la felicidad: segunda, porque aun independientemente de los obstáculos que debia encontrar por la circunstancia referida, no contaba con otros recursos que los de la naturaleza humana; y estos recursos eran impotentes en el orden especulativo y en el sistema de la práctica: porque ya se sabe que en el orden moral, la razon sin la fe nada comprende, y la voluntad sin la gracia jamas puede subyugar todas las inclinaciones irresistibles de la naturaleza humana: el entendimiento renueva sin cesar los sistemas, y la voluntad no consigue sino cambiar de pasiones. Sentados estos principios, no debe sorprendernos ya la condicion miserabilísima de la especie humana, cuando todavia no se habia manifestado en el mundo Jesucristo, ni el espectáculo maravilloso que las doctrinas y las costumbres iban presentando á medida que se multiplicaban los adoradores de la Cruz.

El cristianismo vino pues á vencer estos dos imposibles, ofreciendo á Dios una victima digna, que borrara los pecados del mundo; y ofreciendo al mundo un nuevo principio intelectual y moral, que diese nueva existencia á la razon y comunicase al albedrío una especie de omnipotencia contra el furor deshecho de las pasiones.

El Verbo Divino se digna vestirse de la naturaleza humana; y desde el momento mismo de su encarnacion, cambió de carácter el estado del mundo, pues pudieron decir los hombres, que habia acabado su oprobio y tocado al último término su extremada miseria. El solo hecho de la encarnacion divinizó esta naturaleza humana en la persona de Jesucristo: era ya evidente que cualquiera obra expiatoria que Jesucristo practicase, bastaba para satisfacer á la justicia divina, y reintegrar á todas las generaciones en la posesion de todas las cosas que se habian perdido por el pecado. No hai perdón sin penitencia, ni penitencia sin expiacion, ni expiacion admisible sin una igualdad proporcional á la ofensa que se hace. Estas consideraciones, que pueden explicarse perfectamente sin otro auxilio que los recursos filosóficos, nos preparan á comprender en todas sus partes las verdaderas causas de la Encarnacion del Verbo, disponen el alma para el advenimiento de la fe; y ya desde entónces la razon y la fe, perfectamente unidas, disipan todas las tinieblas, y en vez de columbrar alguna cosa indigna de la Majestad de Dios en los padecimientos de Jesucristo, miran su pasion y su muerte como una cosa divina, y el Misterio de la Encarnacion, en todas sus partes, como el principio exclusivo de la regeneracion del mundo, el fundamento único de nuestras esperanzas, la causa primera de las virtudes y el título exclusivo de nuestra felicidad. Primer efecto de la Encarnacion, borrar el pecado, y habilitar al hombre para entrar en el camino de la felicidad.

Pero en las obras de Dios nada es incompleto, y por tanto, por la Encarnacion del Divino Verbo, no solo se reconcilia Dios con el hombre, sino que este recibe á su turno una comunicacion divina, que por razon de sus efectos parece cambiar de naturaleza. Jesucristo era Dios y hombre; y por esta doble circunstancia hacia resplandecer la divinidad constantemente en todas y cada una de sus acciones. Los sentidos de todas las personas que le veian hablar y obrar, le hacian reconocer como hombre; pero la razon de todos los siglos, al examinar las palabras y las acciones de Jesucristo, no ha necesitado de otra cosa que de su mismo Evangelio y de su vida, para concluir evidentemente, que el que

así hablaba y así obraba, no era solo hombre, sino también Dios. Por parte de su entendimiento, deja traslucir el entendimiento divino en la naturaleza de sus dogmas; por parte de su voluntad, hizo reconocer la voluntad divina en el heroísmo de sus virtudes, en la pureza intachable de su conducta; porque, como hemos dicho, y la experiencia demuestra, ni el entendimiento es capaz de tan sublimes alcances, ni el corazón es árbitro de tan heroicas victorias. Contrayendo estas ideas al exámen del hombre regenerado por el cristianismo, vemos desde luego, que sin una comunicacion divina de luz y de fuerza no podría ni reunir los conocimientos que hoy atesora, ni hacer admirar las virtudes que hoy practica. La prueba es clara: cuarenta siglos de razón, no pudieron alcanzar la milésima parte de los conocimientos sobrenaturales que hoy enriquecen aun á la parte común de los cristianos; y toda la antigüedad, que tanto se jactaba de cultivar las virtudes, no consiguió más que reglamentar el orgullo. Si pues la causa de esto es, como se ha dicho, que antes de Jesucristo no contaban los hombres sino con las luces naturales y los esfuerzos comunes, el cristianismo vino á contrariar estas dos causas, divinizando en cierto modo la naturaleza; pues tal nos parece la del hombre cuyo entendimiento está ilustrado por la fe, y cuya voluntad está sostenida por la gracia.

De todo lo dicho resulta, que el plan del cristianismo está montado sobre las basas de la fe, de la esperanza y de la caridad. El hombre antiguo no podía volver á los caminos que habia corrompido la carne, por falta de luz; el cristianismo le da esta luz por medio de la fe; la fe le descubre su verdadero origen, su verdadero destino, y le señala, por tanto, la línea que debe recorrer para llegar por último á la posesion de la felicidad. Pero ¿qué habria conseguido el hombre con solo la fe? Al brillar en su razón esta antorcha divina, debió convencerle plenamente de que no era más que un hijo desheredado, sin humano recurso para reconquistar su herencia; y de este modo el nacimiento de la fe habria sido precisamente el sepulcro de la esperanza. ¿Pero qué sucedió? La religion no abandona un instante al hombre; pues en el momento mismo en que descubre la felicidad, se la promete infaliblemente: la Encarnacion del Verbo Divino todo lo repara, todo lo asegura; y este dogma consolador y sublime engendra la esperanza en el corazón del creyente, y adelanta maravillosamente la grande obra de la felicidad. Mucho se adelanta con la esperanza; pero Dios ha querido poner condiciones á la felicidad que ella promete. Con la pasion de Je-

sucristo el hombre amerita sus acciones, pero no se exonera de practicar las virtudes. La grande obra de su ventura se consume pues en la caridad, que no es sino el cumplimiento de la lei. Mas esta lei, sin cuyo cumplimiento toda esperanza seria vana y presuntuosa, es una lei perfectísima, en cuyas aras debe hacerse el holocausto de todas las pasiones; es una lei de sacrificio continuo, y la primera víctima que se le inmola es nuestro propio corazón. El hombre debe cumplirla; pero el hombre siempre es hombre, siempre abraza un corazón terreno, siempre le seducen las vanidades del mundo, siempre le aprisionan los encantos de los sentidos, siempre le asaltan las tendencias de la carne; y no puede dar un solo paso sin hallarse en abierta lucha consigo mismo, sin tener que combatir á diestra y á siniestra contra todas las pasiones. En una situacion semejante, el hombre pereceria sin remedio, víctima de tantos peligros y de tantos combates, si la religion le abandonase un solo instante á sí mismo; pero sucede muy de otra suerte; y á la esperanza cristiana se unen los medios eficaces para cumplir la lei, y la posesion de la caridad viene á ser la última piedra que corona el grandioso edificio de la renovacion evangélica. La caridad es un sentimiento recíproco, una verdadera alianza entre Dios y el hombre, alianza que se estrecha con el vínculo de la Encarnacion del Verbo. Siendo un sentimiento recíproco, consiste de parte del hombre en el cumplimiento de la lei, y consiste de parte de Dios en la proteccion continua de sus criaturas. El hombre, negándose á sí mismo, inmola su propia naturaleza en las aras del Evangelio, y Dios corona esta inmolation por la comunicacion perenne de un ser divino que nos da la voluntad y el poder de vencer todas las pasiones y practicar todas las virtudes. Este ser, que es la gracia, corre junto con la sangre de Jesucristo, y sigue al hombre y á la sociedad en todas sus situaciones, en todos sus estados y en todas sus vicisitudes. Nace apenas el hombre, y la gracia le sale al encuentro en la fuente pura que le regenera; he aquí la gracia comunicada por el bautismo: da sus primeros pasos en el curso de la vida, y la mano venerable del pontífice imprime sobre su frente un nuevo carácter de santificacion, que aumenta la riqueza del bautismo, y añade, por explicarnos así, luz á luz y fuerza á fuerza. Despierta la razón, y brillan por desgracia los primeros destellos de la ciencia del mal; la funesta escena del paraíso se renueva en las primeras acciones deliberadas del hombre; y peca, y pierde para sí todos los tesoros adquiridos en el bautismo y la confirmacion. Mas no muere la esperanza en el naufragio de

la inocencia: la gracia todo lo tiene previsto y preparado; y la sangre, que salvó al mundo, subsiste eternamente para salvar en particular á cada uno, cuando al sentimiento de su pecado une los primeros impulsos del arrepentimiento. Jesucristo subió al cielo; pero no se llevó consigo las llaves de su reino, por explicarnos así; pues dejó á sus apóstoles y en ellos á sus Ministros el mas pleno y omnímódo poder para perdonar los pecados: he aquí el sacramento de la penitencia. A este sacramento, sigue el de la Eucaristía. Por él, el hombre recibe realmente á su Redentor, su cuerpo, su alma, su divinidad; y con esta adquisicion, que puede renovar todos los dias de su vida, se hace dueño de todas las esperanzas de la tierra y de todos los tesoros del cielo. Llega un tiempo en que el hombre sale del seno de la familia para formar una nueva en la sociedad, ó para segregarse de ella como una porcion escogida exclusivamente para el santuario; y en estos momentos la gracia viene á ilustrar, rectificar y fijar la vocacion, y á consagrarla para el cielo. El matrimonio ya no es exclusivamente un contrato; es un sacramento de la nueva lei, una alianza que Dios estrecha, un nuevo plantel de virtudes, una nueva fuente de felicidad: el órden sacerdotal inscribe al hombre entre los ministros del santuario, y le reviste de una nueva fuerza para santificarse á sí mismo, y de un poder celestial para salvar á los hombres. Finalmente, la gracia no abandona al hombre ni en los últimos instantes de su vida. Cuando ya le ve luchando con la muerte, vierte sobre sus miembros el óleo sagrado, y para servirnos de la expresion de Bossuet, hace correr sobre el hombre la sangre de Jesucristo con este precioso licor, sana la alma, remite los pecados, limpia las tristes reliquias de la culpa, y tambien puede producir la sanidad del cuerpo. He aquí el sacramento de la Extrema-unción.

Tales son las basas de este plan maravilloso, único, que hace admirar en el todo y en sus partes la religion de Jesucristo: tales son los elementos de vida que hicieron resuscitar al antiguo mundo, sentado, como dice el profeta, á las sombras de la muerte; que hicieron volver la esperanza, que habia volado con la inocencia, y que engrandecieron el poder con la caridad, á fin de que el hombre, caminando de virtud en virtud, como se explica el Salmista, pudiese incorporarse, por último, dentro de los muros de aquella ciudad santa, donde reina para siempre el Rei de los reyes.

Antes de pasar adelante, hagamos una sencilla reflexion. En todos los pueblos, sea cual fuere su sistema religioso y político, es de todo punto imposible que la sociedad subsista

sin principios, sin probabilidades de adquirir algun bien, sin relaciones íntimas entre los individuos que la componen. De aquí tres necesidades sociales: primera, las doctrinas; segunda, las esperanzas; tercera, las conexiones: las doctrinas no pueden propagarse entre la multitud por el convencimiento, sino por el ascendiente de la autoridad: admitir una doctrina por autoridad es creer, mas bien que persuadirse. He aquí una especie de fe, aunque puramente humana. Someterse á un régimen establecido con el designio de alcanzar un bien que se mira como posible, ya consista este en un goce positivo, ya en la simple privacion de una pena, es esperar: he aquí pues una especie de esperanza, aunque puramente humana: obrar de concierto con los vínculos naturales ó las conexiones que se forman en la sociedad, es obrar por benevolencia y por amor: he aquí un bosquejo de caridad, aunque puramente humana. Estas tres virtudes, fe, esperanza y caridad, están figuradas pues por la misma naturaleza entre los elementos sociales; de donde resulta que se hallan ligadas de tal suerte con el sistema de la felicidad, que el bienestar político y civil de las naciones ha debido y debe estar siempre en razon directa de aquellas; en términos que, cuando se encuentren ellas en su mas alta perfeccion, tocarán los pueblos en el zenit de su grandeza; y al contrario, á medida que ellas se disminuyan, se desnaturalicen y se acaben, irá siempre á ménos, ó cambiará de carácter, ó acabará totalmente el bienestar de los pueblos. La fe del gentilismo era meramente humana; y como toda ella venia de los filósofos, era tan versátil como la filosofía, incapaz de órden, de permanencia y de perpetuidad; porque, desprovista la razon de todo título que le asegurase la infalibilidad, corrió siempre la suerte de las opiniones, y nunca ganó cosa notable ni en el número ni en la duracion de sus conquistas. El género humano no podia, por lo mismo, regenerarse en este punto, sino dando á la creencia universal una irrecusable garantía: el Evangelio dió á los hombres esta garantía, publicándose á nombre de Dios. Todo ha correspondido á la idea: la fe cristiana tiene ya diez y nueve siglos de vivir entre nosotros, y en su esencia no ha cambiado un solo punto. El gentilismo, á pesar de su mitología, casi todo lo esperaba de los hombres y lo temia de los hombres, y esta circunstancia produjo dos males: primero, que la esperanza no tuvo nunca un carácter fijo, porque los bienes y los males debieron snfrir la lei de las pasiones de aquellos que gobernaban al mundo: segundo, que la esperanza, limitada como estaba á lo puramente exterior, no podia ejercer el menor

influxo en los principios secretos de la conducta. ¿Qué debía resultar de aquí? Que á la virtud sincera reemplazó el bien parecer, y que el arte de ser feliz quedó de hecho separado de la justicia natural, y exclusivamente sujeto á la destreza de la hipocresía y al cálculo de las conveniencias. Era pues consiguiente que desnaturalizada esta virtud, se alterase el sistema de las acciones, y que en vez del orden y la paz, estuviesen fluctuando los pueblos entre el desorden y la guerra, entre la tiranía de los gobiernos y el desenfreno de las masas.

No teniendo mas apoyo la benevolencia mutua que las simpatías naturales ó los intereses del momento, las relaciones sociales debieron ser mui precarias; y desprovisto el hombre de un principio eficaz que arreglase sus inclinaciones naturales, que destruyese sus antipatías caprichosas y le determinase al sacrificio de los intereses del momento, se exageraron, por supuesto, todos los sentimientos, se multiplicaron contra justicia ciertas conexiones, se destruian con frecuencia relaciones importantes; y por un resultado infalible de este sistema, el gentilismo se abandonó por una parte á todos los desórdenes de la voluptuosidad, y se entregó por otra á todas las inspiraciones del odio. La caridad cristiana todo lo trasforma: inscribe la virginidad al frente de los estados perfectos; lleva la pureza hasta la region del pensamiento; hace de la continencia una virtud, y lleva el punto de la castidad hasta el lecho de los esposos; hace de todos los hombres una sola familia; inscribe el odio y la venganza en el catálogo de los crímenes; quisiera borrar de su idioma hasta la palabra enemigo; pero en defecto de esto, concede á quien ha hecho el mal, un derecho sobre el corazón de la persona ofendida, y exige de esta que ame y favorezca á su enemigo.

Resulta de lo expuesto, que la fe, la esperanza y la caridad cristianas tienen una verdadera plenitud; y que la religion católica presenta un plan cuyo primer carácter es la universalidad, cuyo segundo carácter, es la suficiencia absoluta, y cuyo tercer carácter, es una incontestable perpetuidad. Mas para reunir este triple carácter, necesitaba la fe una autoridad irrecusable, la esperanza unos datos infalibles, y la caridad unos medios seguros. Veamos ahora el concurso de todos estos requisitos en el plan sublime de la religion. Exige ella, sin duda, el omnímodo vasallaje de la razon humana; pero no le exige sin garantía. Antes de decirle "cree," le presenta una serie de argumentos incontestables que la conducen desde las primeras nociones de la existencia hasta el convencimiento pleno de que Dios ha revelado los

dogmas que propone, y prescrito las leyes á que sujeta la conducta. Este mismo convencimiento afirma al hombre en su fe, y una vez afirmado en ella, reconoce que son infalibles los datos que fundan su esperanza. Entra en la carrera de las virtudes, experimenta en sí mismo la existencia de la gracia que se le comunica, y ciertos placeres de un orden elevado que acompañan siempre á los grandes sacrificios de la virtud. Llegando á este punto, nada tiene de difícil para él la legislacion evangélica; y las mismas experiencias que en sí practica, le hacen confesar con gloria, que ha inclinado su cerviz bajo un yugo mui suave, y puesto sobre sus hombros una carga ligera. He aquí la caridad practicada, y he aquí el plan de la religion en cuanto á los medios indispensables para establecer la fe, plantear la esperanza y cultivar la caridad.

No nos detengamos aquí: la religion ha dado un paso mas, y un paso de la primer importancia. No contenta con presentar dogmas infalibles, máximas eternas y medios auxiliares para gobernar la conducta, y teniendo presente que dejando el uso individual, el empleo y conservacion de tan ricos tesoros, ellos desaparecerían bien pronto de la tierra; organizó una sociedad visible que fuese la depositaria de todo, y el órgano por donde se comunicase á cada uno cuanto fuese necesario para adquirir los frutos de la fe, de la esperanza y de la caridad; que explicase todos los dogmas, predicase todas las máximas, sostuviese todas las leyes, administrase todos los sacramentos y comunicase todas las gracias: esta sociedad es la Iglesia, último punto de vista bajo que nos proponemos considerar el plan general del cristianismo.

La Iglesia constituye pues una verdadera sociedad, y bajo este respecto, es una reunion de individuos unidos entre sí por cierto género de relaciones, sujetos á una regla comun, y gobernados por cierta autoridad. Los individuos son todos los católicos; sus relaciones consisten en la comunión espiritual que forman entre sí por los vínculos de la caridad cristiana; sus reglas están consignadas en el Evangelio y en las leyes que se expiden por la autoridad competente; y su gobierno está depositado en los ministros, á quienes Jesucristo comunicó el poder de gobernar su imperio.

En último análisis queda pues reducida la economía de esta sociedad, á dos clases principales, como advierte el sabio Pointier; la de los ministros de Jesucristo, que instruyen y gobiernan; y la de los fieles, que reciben esta instruccion y son gobernados.

Las funciones públicas de los ministros de Jesucristo abrazan la enseñanza, que se refiere á la fe y se comunica por la predicación, *fides ex auditu*; la comunicacion de la gracia, que se verifica por la administracion de los sacramentos; y la conservacion del orden social, que se consigue por el ejercicio de la jurisdiccion.

El ejercicio de este triple poder no nace de los hombres, (*non vos me elegistis*), sino inmediatamente de Jesucristo, (*sed ego elegi vos*) y su ejercicio tiene un carácter de progreso continuo, que no cesa jamas, (*ut eatis*); un carácter de fecundidad que le hace producir de continuo frutos de bendiccion, (*et fructum afferatis*), y un carácter de perpetuidad, que desafía el poder de los tiempos, (*porta inferi non prevalebunt adversus eam*), y que reviste con caracteres de inmortalidad los bienes espirituales que produce, (*et fructus vester maneat*).

Estos poderes espirituales no están expuestos al flujo y reflujó de las opiniones humanas, sino consignados del modo mas expreso en las páginas del Evangelio. "Id, les dijo Jesucristo á sus ministros, instruid á todas las naciones, enseñándolas á observar todas las cosas que os he prescrito. ¹ Predicad el Evangelio á toda criatura. ² El que os escucha á vosotros, me escucha á mí." ³ He aquí la primera facultad, la de predicar la fe y enseñarla. Nótese aquí que se distinguen dos cosas, la predicación y la enseñanza. No basta pues anunciar los dogmas y la moral; es necesario, sin duda, exponer y definir. La Iglesia pues, y solo ella, puede explicar el sentido de las Santas Escrituras, reglamentar la creencia y establecer las reglas de la moral. Si así no estuviese mandado; si la inteligencia de los dogmas quedase al arbitrio de cada razon individual, por este solo hecho se extinguiría la fe, porque donde no hai un centro comun de inteligencia, no hai unidad de doctrina; y donde no hai unidad de doctrina, tampoco puede existir la fe social. El primer elemento del plan de la Iglesia es la autoridad universal y absoluta que le ha comunicado su Divino Fundador, para establecer, propagar, definir y conservar en la unidad de todos sus miembros los dogmas que predica y la moral que prescribe.

El poder espiritual que ejerce para sostener, conservar y garantir la esperanza en cada uno de sus miembros, por la difusion perenne de estas gracias, que emanan de los sacra-

¹ San Mat., cap. 28, vv 19 y 20.

² San Marc., cap. 16, v 15.

³ San Lucas, cap. 10, v 16.

mentos, está no ménos terminante en el Evangelio. Despues de haberles mandado predicar, les manda bautizar, añadiendo que el que *creyere y fuere bautizado se salvará*. En otro lugar se ve la mision especial de perdonar los pecados por el sacramento de la penitencia: *recibid el Espíritu Santo: se perdonarán los pecados de aquellos á quienes vosotros se los hubiesis perdonado*. He aquí el sacramento de la penitencia. Del mismo modo se hallan consignados los poderes espirituales en el Nuevo Testamento, y comunicados á los ministros de la Iglesia para dispensar las gracias de los otros sacramentos.

Yo te doi las llaves del reino de los cielos, dijo Jesucristo á San Pedro; y en otro lugar le dijo tambien, *apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas*. He aquí el poder universal concedido á Pedro, y en él á todos sus sucesores en el Sumo Pontificado, para gobernar y conducir á la totalidad de los fieles.

Todo lo que atáreis en la tierra, será atado en el cielo, y todo lo que desatáreis en la tierra, será desatado en el cielo. He aquí las credenciales que dió Jesucristo á sus apóstoles, y en ellos á todos los obispos, para que ejerciesen su autoridad en el gobierno de la Iglesia, encadenando á sus súbditos por leyes espirituales, ó dispensándoles de su observancia segun las reglas de la prudencia.

He aquí pues la Iglesia establecida, su poder prescrito y sancionado. El Padre Eterno, al reconocer á su Hijo en el Tabor, impuso á todos los hombres el precepto de escucharle. El Hijo, al delegar este poder á los apóstoles, mandó á todos los hombres que los escuchasen; y dijo terminantemente á sus discípulos, que considerasen como gentil y publicano al que no quisiese escuchar á la Iglesia. Se sabe muy bien lo que aquí significa la palabra *escuchar*; escuchar, es oír con atencion lo que se dice, y practicar lo que se oye, escuchar es obedecer. No es arbitraria esta inteligencia, ni está reservada tampoco á las decisiones que forma en materia de idioma el uso de los pueblos: el mismo Jesucristo la fijó, prometiendo la felicidad á los que oyen lo que se dice, y practican lo que se oye. *Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan*. Es pues evidente que los ministros de la Iglesia ejercen una plena autoridad sobre los fieles, y estos están rigurosamente obligados á prestar una completa obediencia.

He aquí pues perfectamente bien distinguidas las dos clases de que se compone sobre la tierra la Iglesia de Jesucristo: la de los pastores que enseñan los dogmas revelados; y

la de los fieles que creen y profesan estos dogmas: la de los pastores, que administran los Sacramentos instituidos por Jesucristo; y la de los fieles que reciben estos mismos sacramentos: la de los pastores, que conducen á los prados de la vida eterna el rebaño de Jesucristo; y la de los fieles, que obedeciendo á su autoridad, se dejan conducir al alto fin que constituye su verdadera felicidad.

Pero qué, ¿no ha de llegar un tiempo en que la razon, zelosa de sus fueros, intente desquiciar el imperio de la fe; en que las pasiones formen un sacrilego complot para desnaturalizar el sistema de las costumbres; y en que los mismos pueblos cristianos, impelidos de principios diferentes, formen escandalosos cismas, aspirando cada uno de por sí á la fidelidad que se debe á la verdadera Iglesia? Sin duda alguna; pero esta circunstancia, inevitable en los extravíos de la razon y el desenfreno de las pasiones, no influirá en lo absoluto contra la existencia de la Iglesia. Ella tiene pues, no solamente los títulos que consignan el divino origen de su poder, sino tambien los caracteres infalibles, esenciales é indelebles que la harán reconocer y distinguir universalmente en todos los pueblos y en todos los siglos.

¿Cuáles son estos caracteres? La unidad y la universalidad. La unidad en la fe, en la comunión, en el gobierno espiritual; he aquí lo que quiso figurar Jesucristo cuando, hablando de los corderos y las ovejas, dijo estas terminantes palabras: *ellos oyen mi voz, y no habrá mas que una sola grei, un solo pastor.* “Si ellos oyen su voz, deben estar unidos por una misma fe; si no constituyen mas que un solo rebaño, deben en consecuencia estar unidos todos por una misma comunión; si no reconocen mas que un solo pastor, deben, por tanto, no estar unidos mas que á una sola autoridad. Jesucristo puso la universalidad de su grei al cuidado y bajo la autoridad suprema de un solo pastor, cuando mandó á San Pedro que apacentase sus corderos y apacentase sus ovejas: corderos y ovejas que constituyen la totalidad de su grei, figura de la Iglesia universal.”

“Para formar así la Iglesia era necesario, sin duda, llamar todas las naciones al conocimiento de la fe en Jesucristo, que es uno; iniciarlas y reunir las en un solo cuerpo por medio del bautismo, que es uno; y determinarlas á observar todas las cosas que Jesucristo habia ordenado *en su Evangelio*, que es uno. Así lo hizo Jesucristo, como acabamos de verlo, pues mandó á sus apóstoles que instruyesen en sus dogmas y enseñasen á practicar sus preceptos, no á un pueblo, no á una provincia, no á un Estado, sino á todos los

pueblos, á todas las provincias, á todas las naciones, á todos los habitantes de la tierra.”

“Nada mas opuesto á la verdadera noción que debe tenerse de la Iglesia establecida por Jesucristo, como una idea que la representase como un conjunto de sociedades religiosas. ¿Qué caos resultaría de aquí? Una de estas sociedades profesaría como artículos de fe ciertas doctrinas que otras repeliesen como punibles errores. Aquí se propondrían, como santas y agradables á Dios, algunas formas del culto que otras despreciarían con horror como una infame idolatría. Esta sociedad, sometida á cierta autoridad espiritual, se dejaría gobernar voluntariamente por leyes que considerase como emanadas de Jesucristo, al paso que aquella otra no encontraría en esto sino el insuportable yugo de una usurpación tiránica. ¿Y podría decirse que estas dos sociedades tienen una misma fe, forman un solo cuerpo, están animadas de un solo espíritu, constituyen un solo rebaño, son conducidas por un solo pastor; en una palabra, que constituyen la Iglesia de Jesucristo?”

“Nada importa que las comuniones cismáticas y protestantes se consideren como Iglesia de Jesucristo, porque profesen los principios generales del cristianismo; semejante modo de raciocinar es no solamente sofístico, sino de todo punto monstruoso; porque al discurrir de esta suerte, bien pudiéramos decir otro tanto de las naciones independientes que pueblan el globo, afirmando que todos los Estados políticos no componían mas que una sola nación, un solo gobierno, no eran regidos mas que por una sola constitución, ni tenían mas que un solo código común, &c. &c., tan solo porque profesan en lo general los principios universales, el Derecho natural y de gentes.”

“Solo la Iglesia que Jesucristo ha establecido, es esencialmente una en su fe, una en su comunión, una en su gobierno; y solo pueden aspirar al título de miembros de esta Iglesia aquellos hombres que están unidos por la profesión de una misma fe, como la Iglesia la enseña en todas partes, por la participación común de unos mismos bienes espirituales, como ella los dispensa en todas partes, por la sumisión común á una misma autoridad que ella ejerce en todas partes, y sobre todo, por una suma deferencia á la supremacía de la autoridad espiritual del solo Señor, del solo Pastor, del único Guía, que tiene sobre el todo, un pleno derecho de jurisdicción.”

Hemos visto que la unidad y la universalidad son dos caracteres de tal modo esenciales, que no pueden hallarse fuera de la verdadera Iglesia de Jesucristo. La autoridad del Evangelio y las deducciones legítimas del raciocinio engendran, como ya se ha notado, sobre este punto, la mas plena convicción en el alma. Pero estas ideas especulativas vienen á concretarse, digámoslo así, cuando al pasar la vista por todas las sectas desprendidas de la unidad católica, nos detenemos á considerar el espectáculo que ha presentado desde su nacimiento la Iglesia de Roma.

“Ese sol, dice el autor citado, que extendido por todos los puntos del globo, ilustra y vivifica hoi toda la naturaleza, es el astro mismo que desde el principio de las cosas, desplegó sobre el mundo toda la rica pompa de los tesoros de su luz. Tal es la fe divina: sus rayos brillan hoi sobre todas las comarcas en que subsiste esa Iglesia á quien se ve unida en comunión con la silla de Roma, y este celestial esplendor es el mismo que desde los primeros siglos de la Era cristiana cobijó con sus rayos, por toda la extensión de sus partes, á la Iglesia de Jesucristo. Por todas partes se reconoce la identidad en los dogmas, en los ritos y en las prácticas; por donde quiera se profesan los mismos artículos de fe que vemos consignados en los símbolos de Nicea, de Atanasio y Pio IV.”¹ En todos los pueblos donde hai Iglesias católicas, esto es, Iglesias unidas con la silla de Roma, se ofrece el mismo sacrificio de la misa, se administran los sacramentos en su mismo número, por sus mismos ministros y bajo idénticas formas; donde quiera se nota el mismo orden en la gerarquía eclesiástica, que pone á los fieles bajo el gobierno de sus inmediatos pastores, á éstos bajo la jurisdicción de sus respectivos obispos, y á los obispos todos bajo la supremacía del Soberano Pontífice, obispo de Roma. Estos hechos son de pública notoriedad, tan antiguos como el cristianismo, y tan modernos como el presente día: porque este fenómeno sorprendente de unidad íntima que ofrecen hoi á nuestra vista todas esas iglesias unidas con la silla de Roma, en medio de su universal dispersion, puesto que las hai en toda la tierra, y hasta entre los cismáticos y protestantes, este fenómeno, repetimos, le han venido presentando á su turno todos los tiempos, como puede reconocerlo cualquiera que, con la historia en la mano, recorra todos los siglos del cristianismo.

¿Qué espectáculo tan sorprendente ofrece á nuestra admiración el contraste que forma la Iglesia de Jesucristo con to-

¹ El mismo. Chap. III.

das las instituciones humanas! Recorred la historia profana: ¿qué veis en ella? Una perenne sucesión de doctrinas diversas, de constituciones diferentes, de sistemas políticos, de leyes y de gobiernos. Grecia, lo mismo que Roma, hizo todas las experiencias, y pasó por todas las vicisitudes. El entusiasmo de la libertad, los tormentos de la tiranía, los efectos del despotismo, las furias de la demagogia, las nobles y osadas formas de la república, el ignominioso yugo de los emperadores, la insoportable altanería de la aristocracia, la marcha inconstante y peligrosa de la democracia pura, el gobierno militar, la dictadura en sus diferentes modificaciones, &c. &c., nada de esto fué extraño ni á la sabia Grecia, ni á la fuerte Roma. Despues acá no hemos visto tampoco sino mudanzas y vicisitudes: acaban ó se mudan las dinastías, cambian de aspecto político los Estados, renacen unas constituciones de las cenizas de otras; el poder y el ministerio pasan de ordinario por mil diversas combinaciones; si no es que, cediendo á este poder invisible y destructor que parece posar sobre la atmósfera política de las naciones, succumban de una vez al golpe fatal, y como la antigua Esparta, la soberbia Thebas y la hermosa Palmira, queden borradas para siempre del catálogo de los pueblos. Entre tanto, la Iglesia católica de Roma ha conservado la misma constitución y la misma forma, siempre intacta, de su poder espiritual. Colocado en medio de todos los reyes, el Vicario de Jesucristo ve nacer, encontrarse y morir todas las vicisitudes que agitan y commuevan sin cesar á los Estados mas opulentos y mejor constituidos, sin que vacile un instante su trono. Esa silla invulnerable, esa luz indeficiente, ese principio eterno de constitución que ni espera ni teme de las opiniones humanas; esa unidad siempre constante, siempre la misma; esa universalidad tan duradera cuanto espontánea; esa inalterable pureza en la moral y en los dogmas que no ha recibido una sola mancha en el curso de diez y nueve siglos, y que nos hace reconocer su santidad en la perfección mas sublime; ese carácter de fe y caridad, donde reconocemos el espíritu y la conducta apostólica, circunstancias todas que no ha reunido hasta aquí ni reunirá jamas otra Iglesia, que la que está unida á la silla de Pedro, convierten de continuo nuestras miradas á Roma, y arrancan de nuestros labios la confesión espontánea de que allí está la Iglesia una, la Iglesia universal ó católica, la Iglesia santa, la verdadera y única Iglesia de Jesucristo.

Si pues la Iglesia que está en comunicación con la silla de Roma, tiene estos caracteres, y es por tanto la única de-

positaria y dispensadora de todas las verdades y misterios de la religion cristiana, debe concluirse de aquí, con una evidencia infalible, que de esta Iglesia misma, esto es, de sus ministros los sucesores legítimos de los apóstoles, deben todas las naciones del mundo esperar el conocimiento de los dogmas particulares que Jesucristo ha revelado á nuestra fe, y de los preceptos morales que ha prescrito á nuestra observancia, y de los ritos y reglamentos sagrados que ha instituido para dar á Dios el culto que le corresponde, y por último, de las disposiciones y condiciones que ha prefijado para que puedan obtenerse por sus méritos la remision de los pecados y la salud eterna “de donde resulta, dice Pointer, que las gracias de la justificacion deben ser concedidas á los hombres por el ministerio de esta Iglesia, y que en esta Iglesia se encuentra el verdadero cristianismo con todas las bendiciones que en sí contiene y encierra.”¹

Hemos presentado, aunque con suma rapidez, el carácter y plan de religion y la economía de la Iglesia, y creemos que esto basta para reconocer la mano divina en todas y cada una de las partes que constituyen este grandioso y eminente edificio. Pero no se necesita sin duda prolongar demasiado nuestra reflexion, para descubrir con la mayor evidencia que resplandecen aquí todos los caracteres indelebles de una perfeccion infinita. El cristianismo es el depósito de todas las verdades, y el fundamento de todas las ciencias que se dirigen á la perfeccion del hombre y al bienestar de la especie humana. “Su carácter distintivo, dice La Mourette, es comunicar una fuerza y un ascencimiento infinito al sentimiento de nuestra correspondencia y de nuestras relaciones naturales con la Divinidad y con todo el cuerpo de nuestros conciudadanos.

“En la economía del cristianismo el hombre es eterno, y tiene la misma razon que Dios, para no reposar sino en la verdad, que no perece jamas. Las relaciones por donde se comunica con este Ser infinito, se multiplican y afirman en todos los grados que son posibles á su naturaleza; y esta naturaleza misma está adaptada á la excelencia y á la inmutabilidad de la naturaleza divina, por la ejecucion del mas vasto y profundo designio que ha podido ser concebido en la inmensidad de la Soberana Inteligencia; pues á fin de hacer al hombre un equivalente de la Divinidad, la sabiduría del Omnipotente quiso asociarse nuestra naturaleza, nuestra alma, nuestros órganos, haciéndo-

1 Obra citada. Cap. V.

“nos subsistir por este medio en la unidad de su perpetuidad y de su gloria.”¹

En cuanto á la moral, ella se modificó de una manera magnífica en el cristianismo. Nada es tan majestuoso y venerable sobre la tierra como la sociedad, considerada en la perspectiva en que la fe cristiana la expone á nuestras miradas. Nuestras relaciones con el resto de los hombres están afianzadas aquí con vínculos tan estrechos como los que nos unen con Dios; y de esta manera la idea de la justicia se fortifica y engrandece con todo lo que aumenta la fuerza y la santidad de unas y otras relaciones. Hemos visto ya de qué modo constituye y afirma la sociedad este magnífico sistema de verdades, de consuelos, de esperanzas y de afectos reciprocos, que hacen correr por el mundo, como de un triple raudal, la fe, la esperanza y la caridad evangélicas, y nada puede concluirse con mayor seguridad, en materia de política y de gobierno, como que el Evangelio es el único que puede regir bien las sociedades y los imperios; “y por un procedimiento directo, dice el autor citado, á la verdadera constitucion de toda la especie humana, es una necesidad imperiosa buscar exclusivamente aquí los verdaderos principios de una legislacion perfecta.”²

Concluyamos estas observaciones con las que hace un escritor inglés del siglo pasado, el cual, despues de haber hecho á su propósito un análisis filosófico del Evangelio, concluye con estas notables palabras, que reasumen en cierto modo cuanto hemos expuesto en toda esta seccion tercera.

“De todas estas consideraciones sobre la excelencia de los Evangelios, resulta que ellos encierran el plan de la religion y moral mas perfecto que puede existir. Los sistemas de los mas sabios filósofos del paganismo eran mui defectuosos en muchos puntos, y corrompidos en extremo sobre otros artículos importantes. El sistema evangélico es completo: comprende en su extension debida, y sin mezcla ninguna de error, todos nuestros deberes; nos enseña la perfeccion de la virtud, sin precipitarnos en exceso de ningun género.”

“Por mui completo y excelente que sea un sistema de moral, jamas podrá llenar su objeto, que es la perfeccion de las costumbres, si no está revestido al mismo tiempo de una

1 La Mourette. *Pensées sur la philosophie de la foi. Discours* 1^o chap. IX et X. (*Extracto.*)

2 Chap. XVI.

autoridad suficiente para hacer que se le reciba, y de motivos bastante poderosos para persuadir su práctica. El Evangelio goza de esta ventaja gloriosa. Sus preceptos son leyes del mismo Dios, que es el árbitro de todas las cosas, que conoce los pensamientos mas secretos del alma, y á quien hemos de dar cuenta, no solamente de nuestras acciones exteriores, como á los magistrados de la tierra, sino de las disposiciones internas de nuestro corazon."

"Otra grande ventaja del cristianismo es que Jesucristo, el Hijo de Dios, vino expresamente á la tierra para enseñarnos á practicar su lei; nos dió las pruebas mas auténticas de su mision, y nos dejó consignado en el curso de su vida pura y santa un ejemplo continuo de los preceptos que enseñaba."

"Una de las cosas que contribuyen maravillosamente á comunicar una nueva fuerza á los preceptos del Evangelio, son los motivos poderosos de que estos preceptos vienen acompañados: *pues al paso que nos prescriben desprendimiento y austeridad*, nos abren todos los tesoros de la gracia y de la bondad de Dios."

"Los gloriosos privilegios que adquirimos por el Evangelio, son tambien motivos poderosos de virtud. He aquí la causa porque los cristianos son llamados santos, miembros de Jesucristo, hijos de Dios, herederos del reino celestial, pueblo de escogidos, que practica las buenas obras y muestra en ellas las acciones y virtudes de aquel que se dignó sacarlos de la espesura de las tinieblas, para colocarlos en medio de la luz."

"El Evangelio ha venido á dar á los hombres nuevas garantías de un estado futuro de penas y recompensas: de aquí nace una nueva causa para vivir en la virtud y merecer la corona de gloria y de dicha prometida al justo."

"En fin, lo que debe sostener y animar nuestro valor en la carrera penosa de la virtud, es la consideracion de la asistencia divina que se nos ha concedido por la necesidad que de ella tenemos. Esta seguridad es un nuevo motivo de consuelo para las criaturas que conocen su debilidad y la corrupcion de la naturaleza humana en el estado presente. Estamos rodeados de enemigos, expuestos á tentaciones violentas; pero no ha querido abandonarnos á nuestra propia debilidad: nos ha prometido enviarnos su Espíritu para ilustrarnos y santificarnos, con el fin de sostenernos y darnos valor para el cumplimiento de su lei. Dios es fiel á sus promesas."

"La extrema corrupcion de costumbres en que los hom-

bres se habian precipitado, las profundas tinieblas que por todas partes rodeaban á los espíritus ántes del nacimiento del cristianismo, los extraños y universales desórdenes de que la especie humana se habia formado una especie de hábito y de necesidad, hacian su estado cuan deplorable podia ser. Estrechaba en gran manera la necesidad de un sistema de moral que les enseñase todos sus deberes, porque todos los habian olvidado y traspasado: que se los enseñase en toda su extension y de la manera mas formal y mas precisa, como leyes de Dios mismo, revestidas con su autoridad y acompañadas de los motivos mas urgentes y mas persuasivos. Esto es lo que ha ejecutado perfectamente el Evangelio de Jesucristo."¹

Por lo demas, la pureza de la doctrina y su inagotable fecundidad, el manantial perenne de las gracias que fertilizan y conservan la esperanza del hombre, la fuerza protectora de las costumbres, indispensable para mantener las relaciones universales de benevolencia y amor que prescribe la caridad; todo esto forma un rico depósito, que Jesucristo, Fundador del nuevo reino, ha puesto en las manos de sus ministros para el gobierno de su Iglesia. Esta sociedad, sostenida constantemente por un poder divino, mantiene sin menoscabo alguno la fe, distribuye la doctrina, difunde las gracias, gobierna todos los espíritus que le están sometidos; y siempre alerta contra los extravíos del entendimiento y los desórdenes de la voluntad, no permite jamas que las herejías y las pasiones alteren su constitucion divina y desconcierten en manera alguna el plan general de su gobierno. Oponiendo su unidad á los avances de los cismáticos, su universalidad á las pretensiones inicuas de los heterodoxos, su apostólica antigüedad á las ruidosas novedades de los protestantes, y por último, su inmaculada santidad á los vicios mas ó ménos encubiertos de cuantos pretenden combatirla con la suplantacion de nuevas doctrinas é instituciones, se muestra en el siglo diez y nueve, como en los primeros dias de su existencia, una, santa, católica y apostólica en la silla de Roma, capital del universo cristiano.

Es imposible que una religion, donde vemos resplandecer por todas partes los eternos designios del Ser augusto que preside á todas las cosas, sucumba jamas, á pesar de los rudos encuentros que ha sostenido, sostiene y sostendrá por todos los siglos; y este milagro constante de orden, de ar-

¹ Leland. La revelation prouvée par le paganisme. Nouvelle demonstration evangelique.

monía y de conservación, que tan perfectamente garantiza la perpetuidad que se ha concedido al nuevo reino, mantiene siempre vivos, siempre ostensibles y brillantes los caracteres divinos de su institución y los elementos únicos de felicidad que pueden asegurar en la posesión del bien á la inmensa familia de los hombres.



EXAMEN FILOSOFICO

SOBRE LAS

RELACIONES

DEL ORDEN NATURAL Y EL SOBRENATURAL,

YA ENTRE SI, YA CON LA PERFECCION INTELECTUAL, MORAL
Y SOCIAL DE LA ESPECIE HUMANA.

OPUSCULO ESCRITO

Para servir de introduccion á un curso general de religion, de moral y de derecho universal.